

4

¿PARA QUIEN SE VISTEN LAS MUJERES?

A esta pregunta los hombres suelen responder: "Para despertar la envidia de sus amigas". Y las mujeres, irritadas contra esta suposición tan poco halagadora, con esta otra: "Para gustar a los hombres".

"Si fuera para agradarnos a nosotros —arguyen ellos—, haríais caso de nuestras opiniones. Sin embargo, cuando os decimos que estáis guapas de negro y sin sombrero, os presentáis vestidas de verde y con un extraño adorno en la cabeza, que parece haber surgido de una mente enemiga".

"Es que vosotros no entendéis nada de modas —afirman ellas—. Si siguiéramos vuestros consejos iríamos vestidas como en la época prehistórica". Y la discusión sigue sin que de ella surja la luz, como se pretende, sino una confusión que puede llegar a hacerse molesta para ambos bandos. ¿Dónde está la verdad? A caballo entre las dos opiniones, que es, por otra parte, donde se suelen encontrar las verdades.

Sinceramente, no se puede descartar la posibilidad de que a una mujer le satisfaga notar un leve gesto de envidia en el rostro de la amiga que observa su vestido nuevo, "He acertado", se dice. Y no se equivoca. Como tampoco se equivoca al no dejarse llevar del todo de las opiniones del marido respecto a su atuendo.

Algunos hay tan retrógrados, que la querrían siempre vestida de oscuro, cubierta por completo hasta el cuello y las muñecas, y otros tan fantasiosos, que la incitan a cubrirse de lentejuelas y volantes, sin duda para que no pierda esa condición tradicional y bastante vaga que es "el eterno femenino".

La mujer, en realidad, se viste para sí misma. Para encontrarse guapa, para rejuvenecerse y, sobre todo, para cambiar. Ese es el verdadero atractivo de la moda: su naturaleza absolutamente contraria a la monotonía.

"Hoy me gustaría tener un aire misterioso, desacostumbrado", se dice la mujer sensata que va todo el año vestida como una secretaria inglesa. Nada más fácil. Una gata por aquí, una pluma por allá y se ve convertida en una Mata-Hari que levanta murmullos a su paso.

"Hoy quisiera volver a la sencillez de mis veinte años", suspira la "estrella" que ha cumplido los cuarenta, cansada de trajes de cóctel con kilos de pedrería. Y ve cumplido su sueño sólo con ponerse una blusita y una falda sin pretensiones.

Contra lo que dice el refrán, el hábito hace al monje. O, por lo menos, a la mujer le parece que los vestidos la "hacen" más joven, más seductora, más inquietante.

No importa que quienes la miran no experimenten la misma ilusión. Basta con que se lo callen. Y que cuando ella diga: "¿Verdad que este traje me hace más delgada?", afirmen entusiastamente que sí. Esta clase de mentiras pueden catalogarse entre las piadosas y tienen amplia justificación. Sobre todo si quien la dice es un marido. En ese caso no sólo habrá dicho una mentira simpática, sino que se habrá asegurado, por un tiempo al menos, la paz conyugal.

1 Chaqueta beige en la que destaca su amplio cuello «smoking». Dos botones-gemelos la cierran en la cintura. Falda recta y blusa de muselina rosa, con tres volantes plisados. Sombrero de piqué rosa.

2 Chaqueta cruzada blanca. Por el escote asoma el ancho bias que remata la blusa, de seda natural estampada en «pied-de-poule» blanco y negro. Falda ligeramente «evasée» y sombrero de paja negro.

3 Dos trajecitos fáciles de llevar, muy elegantes. El de la izquierda, verde y blanco, subraya la unión con un cordón verde. El de la derecha, azul y blanco, lleva un bordado en piedras rojas.

4 Vestido beige, con tirantes y profundo escote, con bolero abotonado en la espalda. Pespunte y cinturón negros. A su lado, un modelo de talle alto y efecto de pechera logrado con un corta-